ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

La Teosofía y el Pensamiento Moderno.

El año último del siglo XIX principia en el próximo mes (1), y el mes actual ha visto ya el final de un ciclo importante. La Sociedad Teosófica acaba de cruzar la línea, á la cual señalaba su Maestro oculto como de capital importancia para su porvenir; y con la bendición de los Grandes Seres han podido, aquellos á cuyo cargo ella la dejó, conducirla dentro del nuevo ciclo con «el eslabón intacto». El siglo, cuya cuenta se basa en una fecha histórica errónea, no tiene significación, por no estar enlazado al orden natural, y no encajar en el esquema de las cosas. Sin embargo, sirve á modo de señal para muchos, y como el principio de su último año y el final de un ciclo verdadero coinciden, no estará de más que nos detengamos un momento en este punto, para lanzar una mirada al pasado y otra al porvenir. Observaremos el campo del pensamiento sin detenernos en detalles minuciosos, tanto como en considerar diferencias y cambios generales, y veamos si podemos encontrar algo que dé ánimo, así como algo que instruya, al pesar los cambios porque ha pasado el mundo mental desde que la Sociedad principió sus trabajos, hace casi un cuarto de siglo, y al reconocer el desarrollo de la influencia que de modo constante ha penetrado en el pensamiento del mundo desde 1875.

(1) Traducido de *The Theosophical Review* de Diciembre último.

Grandes y beneficiosos han sido los cambios en la esfera de la religión; esa región del pensamiento que encierra los más elevados problemas de la vida humana, la evolución espiritual de la humanidad, la elevación de lo humano á lo divino; el Cristianismo ha modificado en gran parte su actitud, tanto respecto de otras religiones, como respecto de los que se hallan bajo su mismo estandarte. Desde el principio mismo de sus trabajos, la Sociedad Teosófica enseñó la unión fundamental de todas las religiones, é insistió en el valor supremo de las antiguas doctrinas del Oriente. En las primeras obras de Mr. Sinnet, actual Vicepresidente de la Sociedad, encontramos la cita de una comunicación de un Maestro, en la que se declaraba que era parte de la tarea de la Sociedad, conducir al Occidente á beber en las «fuentes antiguas, por largo tiempo selladas (del Oriente), para obtener la prueba de que el hombre puede formar su propio destino futuro». Las enseñanzas orientales debían ser esparcidas por todo el Occidente, porque sólo estas enseñanzas podían salvarlo del triunfo amenazante del materialismo, haciendo que la existencia y evolución del alma fuese una certeza basada en el conocimiento, en lugar de un dogma fundado en la autoridad y aceptado por la fe.

Durante los últimos veinticuatro años ¡cuánto ha cambiado la actitud de las iglesias en torno nuestro! El dogmatismo de los días preteosóficos casi ha desaparecido en las clases educadas (1), los antagonismos se han calmado: una esperanza más honda y una caridad más amplia se oye resonar en los púlpitos, y adviértese una voluntad más acentuada hacia el reconocimiento del valor y de la dignidad de las religiones no Cristianas. Percibimos en la cristiandad y especialmente entre las naciones anglosajonas, hacia las cuales se han dirigido principalmente los esfuerzos de la Sociedad, un deseo de encontrar en la religión algo más elevado, más grande, más generoso que el dogmatismo sectario; hay una disposición, hay una voluntad para oir y considerar verdades nuevas; y se ven claras señales de una tendencia á revivir el misticismo, á investigar una vida interna más profunda, la entrada en el antiguo estrecho sendero que tienen que hollar todos los que desean cambiar la fe por el conocimiento, la esperanza por la certeza. Las grandes enseñanzas de la Iglesia Cristiana primitiva se hacen escuchar por el mundo moderno; la idea de que una reli-

(1) Este escrito no alude aquí á España, donde sucede lo contrario en los actuales momentos, sino á las naciones más adelantadas intelectual y materialmente.

gión podía fundarse sin apoyarse en una Gnosis se desvanece, y la Iglesia está recobrando su perdida herencia del verdadero conocimiento. La obra de la Sociedad Teosófica en la Cristiandad, consiste menos en aumentar el número de sus individuos, en poner rótulos teosóficos á verdades universales y eternas, que en la silenciosa influencia ejercida por las enseñanzas teosóficas sobre los jefes del mundo religioso. Lo que cambiará la faz de la Cristiandad vendrá de dentro de la Iglesia Cristiana y no de fuera. La Sociedad puede sembrar la semilla, pero no para recoger ella el grano y almacenar la paja; los que los cristianos consideran como sus guías naturales, son los mejores conductores para que las antiguas verdades lleguen á las iglesias cristianas; de los labios de aquellos que sean aceptados como instructores cristianos, debe salir la elocuencia persuasiva que halague y convenza á las masas cristianas. Las antiguas verdades deben presentarse revestidas de ropajes familiares y no con vestimentas extranjeras. A los teosofistas les toca recoger los materiales, arreglarlos en forma que sean aceptables para el estudiante cristiano, uniendo bien los eslabones de la evidencia que se apoderará del intelecto, desarrollando las potentes posibilidades que se encuentran dentro de las creencias del cristiano; cuando esta obra se haya hecho en parte, los pensadores cristianos construirán ellos mismos, con los materiales puestos á su disposición, presentando la verdad de modo que atraiga y no que alarme; una vez que se hallen empapados de Teosofía, no importa que usen ó no el lenguaje teosófico; ellos enseñarán las antiguas doctrinas, el saber antiguo, y entonces la verdad del Cristo resonará en Su Iglesia como jamás ha resonado, y los hombres verán las bellezas del Cristianismo místico, tanto tiempo hace perdido para el mundo. La Religión de la Sabiduría, revestida del traje dado por Jesús, se convertirá en la esperanza inspiradora de los pueblos occidentales, redimiendo sus vidas con sus enseñanzas espirituales. Que la Sociedad Teosófica haya iniciado una transformación tan grande, es suficiente honor y privilegio para sus trabajadores, y muy poco importa sobre quién pueda recaer la gloria externa del restablecimiento de la espiritualidad dentro de la Iglesia. «El reino de los cielos no viene con la observancia», y la labor silenciosa y no vista es la que construye los mundos. Que los teosofistas se alegren de poder fundar los cimientos invisibles del templo; que otros labren sus propias estatuas para llenar los nichos, y que estampen como blasones su recuerdo en los historiados cristales.

A medida que el Cristianismo se convierta en místico en lugar de dogmático, espiritual en lugar de polemista, cambiará por completo de actitud — como en verdad está ya cambiando — hacia las otras creencias más antiguas del mundo; á medida que se vean verdades más profundas, se verá que están en todas partes, que son una sola, que mana de una sola fuente. Entonces, en lugar de enviar misioneros para convertir á las gentes de una religión en otra — y más á menudo para apartarlos de toda religión — el Cristianismo pedirá á sus instructores que compartan con otros los aspectos de la verdad que han percibido, al paso que otros compartirán igualmente con ellos los aspectos que á su vez han visto. Entonces una luz espiritual radiará en todas las naciones, y todos los hombres confesarán que la verdad Divina es solo una.

Es innecesario decir cuánto ha hecho la Sociedad Teosófica para popularizar el pensamiento indio. Las sabias pero duras y amazacotadas traducciones de ciertos orientalistas, no han dado más que el desnudo esqueleto de las nobles obras á que quitaban toda vida, los secos huesos desprovistos del espíritu vivo. Los hombres que niegan el Yoga, jamás pueden comprender la literatura escrita por yoguis; de aquí que Sir Edwin Arnold se encontrara solo en sus interpretaciones simpáticas de los ideales religiosos del Oriente. Ahora tenemos una literatura oriental, siempre creciente en inglés, traducida tanto por indios como por ingleses, quienes á la vez se hallan penetrados del espíritu oriental y consideran el mundo del modo occidental. Y además de esto tenemos los principios de una literatura original, vibrando con pensamientos orientales, al paso que los ideales y métodos orientales para educar y desarrollar la vida interna, se establecen de un modo definitivo en el mundo occidental. La iniciativa en este orientalismo superior, se debe exclusivamente á la Sociedad Teosófica, y éste, y no la etimología, es el que franquea al occidente la entrada de los Santos Lugares del Oriente.

Pasemos del aspecto religioso á la región de la ciencia, y aquí encontraremos, profundamente grabadas, las huellas de la influencia teosófica. Las investigaciones de Sir William Crookes, que es también miembro de la Sociedad Teosófica, han demostrado que la evolución existe también en el supuesto mundo inorgánico, y han apuntado hacia una substancia fundamental, de la cual son diferenciaciones todos los «cuerpos simples». El descubrimiento de cristales vivos del doctor von Schron, ha contribuído mucho á justificar la enseñanza teosófica de que todas las formas

son producidas por unidades de vida. Los experimentos de Marconi han arrojado luz sobre la naturaleza de la telepatía, y los del profesor Oliver Lodge han demostrado que es un hecho. El uso de los rayos X ha hecho que la clarividencia sea inteligible para el mismo vulgo, al paso que el doctor Jebb ha demostrado que la vida actúa con inteligencia en la construcción de las formas cristalinas. Principio tras principio fundamentales del cosmos, según los entendía la Antigua Sabiduría, se están demostrando, en todo ó en parte, por la ciencia, en la cual es aún más marcado el cambio de actitud que en la religión. El duro dogmatismo respecto de los mundos invisibles está haciendo lugar á una ansiosa curiosidad y á una tendencia á los experimentos, y el juicio queda ahora en suspenso donde hace veinte años hubiera sido condenatorio. A pesar de su repugnancia, la ciencia es arrastrrda á las regiones de lo invisible é intangible, donde sus viejos aparatos fracasan, donde su método de cuestionar es inservible. ¿Cuándo ha tenido lugar una revolución mayor del pensamiento que la que se ha verificado en la ciencia durante el último cuarto de siglo? Al principio de este período, la ciencia partía de lo que los sentidos podían conocer, y á tientas y desconfiadamente consideraba lo invisible é intangible, como un resultado posible de lo visible y tangible. Actualmente, los pensadores modernos se inclinan más y más á considerar lo invisible é intangible como origen más bien que como producto, á tratar de alcanzar esa región sutil que los sentidos no pueden penetrar, y á considerar las formas conocidas por los sentidos como meras expresiones de la vida que á los mismos escapa. La opinión, que ahora parece tan pobre y estrecha, de que el pensamiento es meramente el resultado de la vibración molecular, era una opinión que dentro del recuerdo de muchos de nosotros dominaba en el mundo científico. Para medir la distancia que la ciencia ha recorrido bajo el impulso de las ideas espirituales, de las cuales la Sociedad Teosófica es la expresión principal, basta comparar los primeros escritos del profesor Huxley con los últimos. En el trayecto recorrido vemos la influencia del pensamiento más profundo, el poder de la nueva proclamación de verdades espirituales menospreciadas; la ciencia, aunque muy cautelosa y desconfiadamente, se está aproximando al vestíbulo, cruzado el cual se encontrará en una región donde el alma es reconocida como la fuerza principal, y donde se usan sus poderes para la investigación. Las señales que nos rodean, nos demuestran que su paso se hará inevitable, y una vez dado, la ciencia se convertirá otra vez en la

servidora de la religión, como la materia es la servidora del espíritu, y la religión y la ciencia se considerarán de nuevo como aspectos diversos, pero en modo alguno antagónicos de la Verdad Una.

El pensamiento teosófico está influyendo el mundo de la acción, tan seguramente como el mundo de los ideales y el mundo de las ideas. El movimiento para lograr un estado social más dichoso, una unión más estrecha entre los hombres, un reconocimiento práctico de la fraternidad humana, arraigada en la unidad espiritual de la raza, es la corriente que en el mundo de la acción representa el impulso de la energía espiritual. Las palabras amargas y airadas, salidas de todos los partidos por efecto de su ignorancia, no deben ocultarnos la existencia de un espíritu superior al espíritu de partido, el cual constantemente marcha adelante, al modo que el barco de vapor sostiene su firme curso á través de las agitadas olas, en perseguimiento de un tipo más elevado de Sociedad. Al observar el modo de ser de los hombres, vemos un cambio, un equilibrio más sano, menos saña hacia los adversarios, la admisión de que no basta luchar por el progreso material, sino que la naturaleza superior del hombre debe también tener su objetivo para realizar mayores esperanzas. Ya no hay solamente la lucha por el pan, el vestido y el albergue, para escapar á los dolores de la pobreza física; hay un deseo vehemente de una vida superior; un reconocimiento de que aun cuando las condiciones externas fueran completamente satisfactorias, no serían más que el principio de una evolución superior, sólo posible una vez aprendidas las lecciones más rudas; de que la verdadera grandeza del hombre no consiste en la fortuna, ni su recompensa en el lujo; de que su meta no está en una edad de oro para el cuerpo, sino en la purificación de las emociones, en la expansión de la inteligencia, en la evolución de la vida espiritual. La fraternidad arraigada en la naturaleza espiritual, basada en nuestra unidad dentro del mundo espiritual, no puede ser destruída por nada; vive en la región de donde provienen todas las energías, fluye del Espíritu Divino que es uno. Sólo este espíritu, funcionando potentemente, puede conducir todas las cosas á la Armonía en los planos inferiores, y en proporción á su manifestación efectiva será el bienestar físico é intelectual. En la situación del Perú Antiguo, bosquejada por Mr. Leadbeater (1), ve-

(1) Véase «El Perú Antiguo», cuya publicación empezamos en este número.

mos puesto en práctica todo lo que desean, todo aquello por que luchan los que describen la «Utopia» socialista; pero puesto en práctica por el gobierno desinteresado de los más sabios y más amantes, no por un cuidadoso equilibrio del egoísmo, ni por la inestable legislación de la multitud.

Pero la Teosofía no es sólo para iluminar los mundos del pensamiento, sentimiento y acción en su sentido más amplio, sino que es también el guía y maestro de las vidas sencillas de los hombres comunes. No es sólo para los instruídos y para los grandes; no es sólo para las inteligencias de mayores alcances ó los potentes en facultades emocionales; no es solamente para los directores é instructores de los hombres. La Sabiduría tiene una palabra para cada uno y no sólo para los pocos — pues cada nacido de hombre es hijo de Dios — y aquellos que se encuentran donde la escala de la evolución se pierde en la Luz Divina, ven con ojos más abiertos que los nuestros cuando contemplan las multitudes de hombres que ascienden en cada escalón de la larguísima escala. Para ellos todo hombre es querido, y tienen ayuda y enseñanza para el ignorante así como para el sabio. Unicamente los menos ignorantes son los que desprecian á los ignorantes; los sabios tienen amor y ayuda para todos. La Teosofía tiene tarea para ocupar al sabio, pero tiene también palabras sencillas, alentadoras y portadoras de consejo para toda alma que sufre. El hecho de la fraternidad, su efectividad por medio de la reencarnación, el poder que encierra el Karma: estas vastas y sencillas doctrinas son pan y esperanza que todos pueden comprender y apropiarse. La Ley eterna que obra con justicia en todas las almas, que da á cada hombre con arreglo á lo que ha sembrado, aunque no siembre sino un solo grano, y la cual, al paso que muestra por un lado la Faz de la Justicia absoluta, muestra en el otro la Faz de la Compasión absoluta — pues la justicia es sólo otro nombre para el amor — esta Ley es tan sencilla en su naturaleza, aunque tan difícil en su complejo funcionamiento, que sirve como de base de una educación moral inteligible y apropiada para todos. De enseñanza ética, la Teosofía no puede tener más que dar que lo que ya ha sido dado por los Instructores del Mundo, por Shrî Krishna, por Zoroastro, por Buddha y por el Cristo. ¿Quién, en el mundo moderno, puede esperar añadir algo á lo que ha salido de esos labios divinos? Pero la Teosofía puede, para el mundo moderno, dar nueva vida y hacer real y comprensible la enseñanza, porque es una nueva expresión de la misma Fuente, otra resonancia de la

misma Voz. Puede enseñar los antiguos métodos para construir un carácter, haciendo así racional la evolución del alma. Puede dar á las máximas morales el espíritu que las hace vivir, puede enseñar cómo purificar la vida. Sólo por esta purificación puede percibirse una vislumbre de esa Pureza que hace parecer á toda terrestre blancura como negrura; y verdaderamente, si la visión beatífica y la unión con Dios es la meta á que la religión debe conducir al espíritu humano, hay necesidad de alguna más enseñanza viva espiritual que la que se encuentra en los tiempos modernos en las religiones del mundo.

La enseñanza es, pues, para todos, y sin embargo, hay una verdad en esas palabras del Cristo, de que sólo aquellos que le han sido dados «por el Padre» pueden venir á Él. Pues el Padre en el cielo es la Mónada Divina del hombre, y sólo en aquellos en quienes despliega energía hasta el punto de que la puedan recibir sentirán un impulso hacia la Sabiburía. El deseo y el poder de aceptar la enseñanza da el derecho de poseerla, siendo el sentimiento de atracción la credencial para aproximarse á ella. Si en el corazón existe un latido de sentimiento que responda á la Gran Instrucción, un débil estremecimiento de contestación á sus notas, entonces que venga el hombre al Instructor, pues este es el impulso del Padre dentro de él, y nadie, así impulsado, puede ser rechazado. Así enseñaba el Cristo y «el pueblo le veía con alegría». Así enseñaba Buddha y las multitudes se apiñaban á su alrededor pendientes de sus sones de oro. Así enseñaba Shrî Krishna, y los rebaños y los niños se agolpaban á la música de su flauta. El que tenga sed que beba y qu e los que no sientan sed sigan su camino hasta que les llegue también su hora. A través de las edades han venido las voces de los Instructores, y la Sociedad Teosófica repite los tonos: «Al que lo desee que beba libremente del agua de la vida».

Por muchos caminos, á través de muchas sendas, los hombres marchan hollando las selvas y los desiertos de la vida material; por muchos senderos tratan de encontrar su hogar. No hay más que un hogar para todos, el seno del Eterno, y «todos los caminos de los hombres son míos»—dijo el Amado.—La caridad más amplia, la tolerancia más generosa, la voluntad de aceptar todo trabajo y todos los trabajadores, la ausencia de crítica, la ausencia de queja, tales son las señales de los que han tocado los Pies de los Maestros de Compasión. Pues en la región en que Ellos moran los muros de separación son desconocidos, la exclusión es por completo ignorada, el amor, que todo lo abarca, es la atmósfera que Ellos

respiran, porque ser sabio es comprender, ser sabio es ver al Uno dentro de todo y moviendo todo. ¿Cómo, pues, puede el sabio hacer otra cosa sino amar la Vida que adora en lo Supremo y que siente en sí mismo? El ignorante puede odiar ó despreciar, el sabio sólo puede amar y ayudar. Y el verdadero teosofista, el creyente en la Sabiduría Divina, es aquel que acepta la idea fundamental de la unidad y se esfuerza en hacerla viva en el corazón y en la vida.

ANNIE BESANT

EL PERÚ ANTIGUO

Al escribir recientemente sobre la clarividencia, hice referencia á las magníficas posibilidades que el examen de los anales del pasado presentaba al estudiante de historia, y varios lectores me indicaron que nuestro público teosofista tendría el más profundo interés en conocer algún fragmento del resultado de tales investigaciones. Esto es, sin duda, verdad, pero no es tan fácil como se supone el llevar á efecto la indicación.

Hay que tener presente que las investigaciones no se emprenden por el placer de la cosa en sí, ni para satisfacer la mera curiosidad, sino tan sólo cuando sucede que son necesarias para la debida ejecución de algún trabajo, ó para el esclarecimiento de algún punto obscuro en nuestros estudios. La mayor parte de las escenas de la historia pasada del mundo que tanto han interesado y deleitado á nuestros investigadores, las han percibido en el curso del examen de una ú otra línea de vidas sucesivas que se han remontado á edades antiquísimas, con el propósito de estudiar las grandes leyes del Karma y reencarnación; de suerte, que lo que conocemos acerca de la remota antigüedad, es más bien una serie de vislumbres que no una visión sostenida, una galería de pinturas más bien que una historia.

Sin embargo, aun de esta manera relativamente casual é irregular, cosas de grandísimo interés se han presentado á nuestra vista, circunstancias relativas, no sólo á las espléndidas civilizaciones de Egipto, de India y de Babilonia, así como á los mucho más modernos estados de Persia, Grecia y Roma, sino de otros, en una escala aún más vasta y grandiosa que éstos, los cuales verdaderamente no son más que retoños de ayer; imperios poderosos cuyos principios se remontan á los albores primordiales, y de los

que, sin embargo, existen todavía en la tierra algunos vestigios fragmentarios para aquellos que tienen ojos para ver.

El más grande, quizá, de todos ellos, fué el magnífico dominio que abarcaba el mundo de los Soberanos Divinos de las Puertas de Oro en la antigua Atlántida; pues excepción hecha de la civilización Aria primitiva en las orillas del mar del Asia Central, casi todos los imperios que los hombres han llamado grandes desde entonces, no han sido más que débiles copias parciales de su maravillosa organización, al paso que anterior al mismo no había existido nada que se le comparara, pues las únicas tentativas de un gobierno realmente en grande escala, fueron las de la subraza lemuria, de cabeza en forma de huevo, y de las innumerables huestes de los constructores Tlavatli de terraplenes, en el lejano occidente de los Atlantes primitivos.

En una de las conferencias de la Logia de Londres (1) se ha dado un bosquejo de la constitución política que durante tantos miles de años tuvo por centro la ciudad gloriosa de las Puertas de Oro; lo que ahora trato de exponer, es una ligera descripción de una de sus últimas copias, de una que, aun cuando en muy pequeña escala, comparada con su poderoso antepasado, conservaba, sin embargo, dentro casi de lo que acostumbramos llamar períodos históricos, mucho del espléndido espíritu público y altísimo sentido del deber, que constituían la vida misma de ese grandioso antiguo esquema.

La parte del mundo, pues, al cual vamos á dirigir nuestra atención con el expresado objeto, es el antiguo reino del Perú, reino, sin embargo, que abarcaba mucha mayor parte de la América del Sur que la república á que hoy damos este nombre, y que la misma extensión de tierra que los españoles encontraron en posesión de los Incas en el siglo XVI. Es verdad que el sistema de gobierno de este último reino, que excitó la admiración de las mismas hordas sin principios que seguían á Pizarro, trataba de reproducir las condiciones de la civilización anterior, mucho más grandiosa, de la cual me propongo hablar; pero no obstante lo maravilloso que se reconoció era esta pálida copia, debemos tener presente que no era más que una *copia*, organizada miles de años después por una raza mucho más inferior, en la tentativa de hacer revivir tradiciones cuyos puntos principales habían sido olvidados.

(1) Véase *Historia de los Atlantes*, por W. Scott Elliot.

La primera introducción de nuestros investigadores en esta interesantísima época, tuvo lugar, como ya se ha indicado, en el curso del estudio de una línea de encarnaciones. Se observó que después de dos nobles vidas de gran trabajo y pruebas (que en sí eran aparentemente la consecuencia de un serio fracaso en las que les precedieron), el sujeto cuya historia se estudiaba había nacido en circunstancias muy favorables en este gran imperio peruano, pasando una vida que, aunque ciertamente tan llena de penosos trabajos como las precedentes, difería, sin embargo, de ellas, en haber sido mucho más considerado, feliz y afortunado que lo que implica una suerte común.

Naturalmente, la vida de un estado en el cual parecían haberse resuelto casi todos los problemas sociales — donde no existía la pobreza ni el descontento, y prácticamente ningún crimen — atrajo inmediatamente nuestra atención, aun cuando en aquel entonces no pudimos detenernos á examinarlo detenidamente; pero cuando después se vió que otras varias vidas que nos interesaban, habían también pasado por aquel país en la misma época, y empezamos de este modo á conocer más y más sus costumbres y maneras, poco á poco nos penetramos de que habíamos tropezado con una verdadera utopia física, un tiempo y un lugar en todo caso en que la vida física del hombre estaba mejor organizada, era más feliz y más útil de lo que quizá lo ha sido en qualquier otra parte.

Sin duda habrá muchos que se preguntarán cómo van á saber que este relato se diferencia del de otras utopias, cómo pueden asegurarse de que los investigadores no se engañaron á sí mismos con sueños hermosos, é interpretaron sus propias teorías en las visiones que se figuraban ver; en una palabra: cómo pueden asegurarse de que esto sea otra cosa que un cuento de hadas.

La única contestación que se puede dar á los que tal preguntan, es que para ellos *no hay* seguridad. Los investigadores mismos están seguros — seguros por una gran acumulación de múltiples pruebas, á menudo pequeñas, quizá, en sí, pero, sin embargo, irresistibles en su combinación — seguros también de su conocimiento, adquirido gradualmente por medio de muchos experimentos pacientes, de la diferencia entre la observación y la imaginación. Saben muy bien cuán á menudo se han encontrado con lo absolutamente inesperado é inimaginable, y cuántas veces y cuán por completo han caído por tierra las ideas preconcebidas con que más encariñados estaban. Fuera de las filas de los tales investigadores, hay algunos

otros que han alcanzado prácticamente igual certeza, ya sea por propias intuiciones ó por un conocimiento personal de aquellos que hacen el trabajo; para el resto del mundo, el resultado de toda investigación sobre un pasado tan remoto, tiene necesariamente que permanecer hipotético. Pueden, en una palabra, considerar este relato de la antigua civilización peruana, como un cuento de hadas; sin embargo, aun así, creo que admitirán que es un hermoso cuento.

Se me figura que no siendo por medio de estos métodos de clarividencia, sería imposible recobrar ningún vestigio de la civilización que vamos á examinar. No dudo de que existan tales vestigios, pero se necesitarían grandes y trabajosas excavaciones para que pudiésemos adquirir el conocimiento suficiente para separarlos de los de otras razas posteriores. Puede suceder que en el porvenir los anticuarios y arqueólogos dirijan su atención, más de lo que lo han hecho hasta ahora, á estos maravillosos países de la América del Sur, y entonces, quizá podrán clasificar, por decirlo así, las diversas huellas de las diferentes razas que sucesivamente los ocuparon y gobernaron; pero al presente, todo lo que sabemos (fuera de la clarividencia), acerca del antiguo Perú, es lo poco que nos ha sido referido por los conquistadores españoles, y según ya he indicado, la civilización que tanto les maravilló no era más que una reflexión muy débil y lejana de la realidad más antigua y grandiosa.

La raza misma había cambiado; pues aun cuando aquellos á quienes los españoles encontraron en posesión, eran todavía algún brote de aquella espléndida tercera subraza de los atlantes, que parece haber estado dotada de muchísima más resistencia y vitalidad que las que le siguieron, es evidente que este retoño había, por muchos conceptos, llegado á su último estado de decrepitud; más bárbaros, más degradados y menos refinados que la rama mucho más antigua de la que tenemos que hablar.

Esta pequeña página de la verdadera historia del mundo — esta ojeada sólo á un cuadro de las vastas galerías de la naturaleza — nos revela lo que bien pudiera parecer un estado ideal en comparación con lo que existe hoy en día; y parte de su interés para nosotros consiste en el hecho de que todos los resultados que nuestros modernos reformadores sociales buscan, estaban ya allí por completo realizados, pero realizados por métodos diametralmente opuestos á la mayor parte de los que al presente se indican. Las gentes eran apacibles y vivían en la prosperidad; no se conocía la pobreza, y prácticamente no existía el crimen; ninguna persona tenía

razón de estar descontenta, porque cada cual tenía el campo abierto á su genio, si tenía alguno, y él mismo escogía su profesión ó senda de actividad cualquiera que ésta fuere. En ningún caso se imponía á nadie un trabajo demasiado duro ó pesado; todos tenían tiempo sobrado que dedicar á cualquiera ocupación ó afición; la educación era completa, libre y eficaz, y los enfermos y los ancianos eran atendidos perfecta y hasta lujosamente. Y, sin embargo, todo este sistema de un esmero maravilloso para el aumento del bienestar físico, era llevado á efecto, y á nuestro entender, sólo así podía realizarse, bajo una autocracia de las más absolutas que el mundo ha conocido.

Para mostrar cómo sucedió esto, tenemos que remontarnos con el pensamiento á una época mucho más antigua, á la segregación de la gran Cuarta Raza Raíz. Ahora bien; es evidente que cuando el Manu y sus lugartenientes -grandes adeptos de una evolución mucho más elevada — encarnaron en la joven raza por cuyo desarrollo trabajaban, eran para aquellas gentes absolutamente como dioses en conocimiento y poder, tal era su superioridad en todos los conceptos concebibles. En tales circunstancias no había otra forma de gobierno posible sino la autocracia, porque el soberano era la única persona que realmente sabia algo; de suerte que tenía que tomar la dirección de todo. Estos Grandes Seres se convirtieron, por tanto, en los gobernantes y guías naturales de la humanidad infantil, á quienes se rendía pronta obediencia, porque se reconocía que la sabiduría daba autoridad, y la mayor ayuda que podía prestarse á los ignorantes, era guiarlos y educarlos. De aquí que todo el orden de la nueva sociedad venía, como todo verdadero orden debe venir siempre, de arriba y no de abajo; y á medida que la nueva [raza se extendía, el principio continuaba firme, y así fueron fundadas las poderosas monarquías de la remota antigüedad, habiendo principiado, en la mayor parte de los casos, bajo grandes Reyes-Iniciados, cuyo poder y sabiduría guiaban sus estados infantiles á través de todas las dificultades iniciales.

Así sucedió que hasta cuando los gobernantes divinos originales traspasaron su posición á manos de sus discípulos, los verdaderos principios de gobierno eran todavía comprendidos, y siempre que se fundaba un nuevo reino, se trataba de imitar, en cuanto era posible dentro de las nuevas circunstancias, las espléndidas instituciones que la Sabiduría Divina había dado ya al mundo. Sólo cuando el egoísmo surgió entre gobernantes y gobernados, empezó á cambiar gradualmente el antiguo orden, sustitu-

yéndolo experimentos nada sabios, gobiernos cuyo objetivo era la codicia y la ambición en lugar del cumplimiento de su deber.

En la época á que se refiere nuestro relato (que podemos colocar groso modo á unos 12.000 años antes de Cristo), la gran Ciudad de las Puertas de Oro se había hundido bajo las aguas hacía muchísimos miles de años, y aun cuando el jefe de los Reyes de la Isla de Poseidón se arrogaba todavía el hermoso título que había pertenecido á aquélla, no pretendía imitar el sistema de gobierno que le había asegurado una estabilidad tan por encima de la suerte común de los arreglos humanos. Algunos siglos antes, sin embargo, los monarcas del país, llamado después Perú, llevaron á la práctica una tentativa muy bien concebida, aunque por supuesto en escala mucho más pequeña, para hacer revivir aquel antiguo sistema; y en el tiempo de que estamos hablando, este renacimiento estaba en completo apogeo, y quizá en el zenit de su gloria, sosteniendo su eficacia hasta muchos siglos después. De este renacimiento peruano es, pues, de lo que nos ocupamos ahora.

En primer lugar debiera dar alguna idea de la apariencia física de la raza que habitaba el país, pero no conozco raza alguna de las que actualmente pueblan la tierra, con la cual pudiera compararla, sin inducir á mis lectores al error en un sentido ó en otro. Los representantes de la gran subraza tercera de la Raza Raíz Atlante que aún se ven en la tierra, se hallan en un estado de suma degradación y rebajamiento comparados con la raza en sus días de gloria. Nuestros peruanos tenían los pómulos y la forma general de la cara que asociamos con el tipo más elevado de los indios rojos, y sin embargo, tenían ciertas modificaciones en sus contornos que les hacían más Arios que Atlantes, al paso que su expresión difería fundamentalmente de la mayor parte de los hombres rojos modernos, pues era en general franca, alegre y apacible, y en las clases elevadas se mostraba á menudo una inteligencia penetrante y una gran benevolencia. Su color era de un bronce rojizo, más claro en las clases superiores y más obscuro en las inferiores, aunque la mezcla entre las clases era tal, que apenas era posible hacer aun esta distinción.

La disposición de la población era, por lo general, feliz, contenta y apacible; la leyes eran apropiadas y bien ejecutadas, por lo que las gentes eran naturalmente sumisas á ellas; el clima era delicioso, y les permitía hacer sin trabajo excesivo todas las faenas referentes al cultivo de la tierra, la que les rendía abundantes cosechas en pago de un trabajo modera-

do, un clima apropiado para hacer feliz á la gente y dispuesta á sacar todo el fruto posible de la vida; y por supuesto, semejante disposición de carácter en el pueblo da á los gobernantes de un país inmensas ventajas.

Como ya se ha dicho, la monarquía era absoluta; sin embargo difería tan completamente de todo cuanto hoy existe, que su mera enunciación no da idea alguna de los hechos. La clave de todo el sistema era la responsabilidad. El Rey tenía ciertamente un poder absoluto, pero también tenía una responsabilidad absoluta en todo; y desde su más temprana edad se le había inculcado la idea de que si en alguna parte de su vasto imperio existiese algún mal inevitable de cualquier clase, si un hombre deseoso de trabajar no pudiera obtener la clase de trabajo que le convenía, si tan siquiera hubiese un niño enfermo que no tuviera los debidos cuidados, esto sería un borrón en su administración, una vergüenza en su reino, una mancha en su honor personal.

Tenía á sus órdenes una numerosísima clase gobernadora para ayudarle en su labor, y subdividía toda la enorme nación del modo más esmerado y sistemático bajo su cuidado. En primer lugar, todo el imperio estaba dividido en provincias, á la cabeza de cuyo gobierno había un virey; bajo las órdenes de éstos había lo que pudiéramos llamar gobernadores, y bajo ellos subgobernadores de ciudades ó de distritos pequeños, siendo cada cual directamente responsable ante su superior gerárquico inmediato del bienestar de cada persona de su distrito. Esta subdivisión de la responsabilidad seguía hasta llegar á una especie de centurión — un funcionario que tenía á su cargo cien familias de las cuales era absolutamente responsable. Este era el miembro inferior de la clase gobernadora, pero él, por su parte, parece que á su vez se hacía ayudar en su trabajo nombrando á alguien por cada diez familias, como una especie de ayudante voluntario, para que le tragesen más rápidas noticias de cualquier cosa que faltara ó que no marchara como era debido. Si cualquiera de esta esmerada red de funcionarios descuidaba alguna parte de su deber, una palabra á su superior inmediato ocasionaba una inmediata investigación, pues el honor de este superior dependía del perfecto contentamiento y bienestar de todos los de su división. Y esta incesante vigilancia en la ejecución del deber público, se imponía, no tanto por la fuerza de la ley (aunque indudablemente existía esta), sino por el sentimiento universal de la clase gobernadora — sentimiento semejante al del honor del caballero cuya fuerza es tanto mayor

que la de cualquier ley externa, porque es, verdaderamente, la obra de una ley superior interna — el dictado del ego que se despierta á su personalidad en algún asunto que él *conoce*.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

EMOCIÓN, INTELECTO Y ESPIRITUALIDAD

Conferencia dada el jueves 7 de Julio de 1898 en la Rama «Blavatsky» de Londres

POR ANNIE BESANT

Tanta es la confusión que existe respecto al significado de los tres estados de conciencia, que bajo los nombres de Emoción, Intelecto y Espiritualidad he descrito, que no creo perder esta noche el tiempo si lo empleamos en analizar tales estados de conciencia, tratando de definirlos con cuidado, y de comprender exactamente el sentido que encierra el nombre dado á cada uno de ellos. Y no sólo aclararemos quizá nuestras ideas con este estudio, sino que estudiaremos las soluciones de ciertos problemas curiosos que de vez en cuando se presentan en la vida humana: problemas arduos por su naturaleza misma y que son objeto de grandes discusiones. Preguntan ciertas personas por qué observamos algunas veces un cambio al parecer fundamental en un individuo, dentro de los límites de una sola encarnación, y por qué un hombre que en el primer período de su vida no parece llamado á alcanzar cierto grado de progreso, evoluciona quizá muy rápidamente durante la última mitad de su encarnación. Otra pregunta. ¿Cómo se explica que gentes que por muchas razones no parecen poseer las condiciones necesarias para ello, manifiestan, no obstante, ciertas señales de desarrollo espiritual? ¿Qué hay en su naturaleza que les permite adquirir ciertas facultades espirituales, cuando consideradas bajo el punto de vista puramente externo, no parecen suficientemente evolucionadas para manifestar esas facultades? ¿Cómo es, hanme preguntado muchas veces, que se puede obtener en ciertos casos mejor y más prudente consejo de una persona cuyo intelecto superior no se halla muy desarrollado, pero que posee en alto grado las cualidades

de la compasión, benevolencia y simpatía, que no de una inteligencia mucho más cultivada, de una mente bien desarrollada?

Ahora bien; si no logramos comprender esos estados de conciencia, corremos el riesgo de contestar á estas preguntas muy erróneamente, y de una manera, no sólo errónea en sí misma, sino que pueda dar lugar además á determinados errores de conducta muy serios, á ciertas faltas graves en nuestros esfuerzos para avanzar en nuestra propia evolución. Así encontramos personas confundiendo á veces la emoción con la espiritualidad, la simple manifestación del sentimiento con las grandes potencialidades que nacen del mundo espiritual; y con el objeto, en parte, de evitar esas faltas, os ruego nos dediquemos esta noche al análisis cuidadoso de aquellos estados de conciencia, considerados á la luz de esta doctrina Teosófica que á tantos de nosotros muchos problemas reveló en el pasado, y que tantos nuevos problemos aclara en el presente.

Si miramos la cuestión bajo el punto de vista ordinario de la psicología occidental, encontramos en nuestros libros de texto la conocidísima división de la mente en emoción, inteligencia y voluntad. Cuando observamos un poco más de cerca esa clasificación, vemos, respecto á la emoción, que se subdivide en subclases: primero, las «sensaciones» simples, primitivas en su carácter, base de toda otra manifestación de la conciencia, sensaciones del organismo que responden á ciertos estímulos, á algo exterior que le afecta. Luego tenemos los «sentimientos», que según nos enseñan nacen de la agrupación y coordinación de esas sensaciones primitivas, de naturaleza compleja, excesivamente compleja á veces, pero que, sin embargo, provienen de aquellas simples sensaciones que reunidas según su naturaleza, producen gradualmente lo que se llama sentimiento; de suerte que bajo el nombre de emoción tenemos las dos subclases de sensaciones y sentimientos.

Si por un momento consideramos los cinco planos del universo sobre los cuales, según las doctrinas teosóficas, evoluciona nuestra humanidad actualmente, los planos físico, astral, mental ó manásico, búddhico y nirvánico, observaremos que parecen clasificarse de por sí en un orden muy definido. Respecto al plano nirvánico, nada necesitamos decir esta noche, porque aunque esta sea la región superior del universo espirítual, difícilmente podemos tratar de él en el presente estado de la evolución. Clasificamos los planos nirvánico y búddhico como planos espirituales. Todas sus fuerzas habrán de ser fuerzas espirituales; toda conciencia

obrando en ellos, conciencia espiritual por su naturaleza; allí habrán de vivir seres espirituales.

Si omitiendo también por el momento la región mental, consideramos los dos planos inferiores, el astral y el físico, vemos que ambos pueden clasificarse juntos como fenomenales. En estos mundos fenomenales, tiene lugar la evolución con respecto al cuerpo astral, el doble etéreo y el cuerpo físico. Estos tres cuerpos pertenecen, por supuesto, á los planos astral y físico, que pueden clasificarse como fenomenales, así como los dos planos superiores están clasificados como espirituales. Son esencialmente los mundos de los fenómenos, los mundos de los objetos concretos, los mundos en que se encuentran las formas con todas sus limitaciones; mientras que los dos superiores son mundos que para la investigación inferior resultan informes, en los que la vida continuamente se está manifestando y amoldando la materia sutil de aquellos planos, según la expresión inmediata de ella misma. Así es que la característica de las dos regiones superiores es la manifestación de la vida, y la de las dos inferiores, la manifestación de la forma. Podemos, por lo tanto, clasificarlas en dos pares: fenomenales y espirituales.

Cuando abordamos el mundo mental, el manásico, encontramos que participa de las características de las regiones superiores y de las inferiores, ó si se prefiere expresarlo así, de lo interno y de lo externo. La mitad inferior del plano mental pertenece marcadamente á los mundos fenomenales: los niveles rûpa ó niveles de la forma. Y observamos que su fase de conciencia es la del intelecto, cuyas ideas parten del mundo fenomenal y que toma las sensaciones y sentimientos de aquel mundo que le es inferior, los coordina, los agrupa, saca de ellos sus conclusiones, teniendo lugar todo este trabajo sobre el plano mental inferior: el de los niveles de la forma ó rûpa de que acabamos de hablar. Ésos niveles, pues, están claramente relacionados con los dos mundos inferiores. Pero cuando pasamos á lo más elevado, á la mitad superior del plano mental, vemos que el intelecto adquiere las características propias de las regiones superiores ó mundo espiritual. Su carácter es abstracto, no concreto; trata de ideas que desde el punto de vista del intelecto concreto, son informes, aquellas ideas que poseen la característica especial de existir en su propio mundo como cosas perfectamente inteligibles, perfectamente distintas, perfectamente claras, como vistas por medio de la intuición de Manas, pero que no obstante, desde el momento en que penetran en el

nivel inferior del plano mental, resultan no ser una sola, sino muchas, en todos los casos; una idea abstracta perteneciente al mundo sin forma, creando quizá centenares de ideas concretas, distinta cada una de su propia forma característica. Así que, considerado de esta manera, vèmos que el plano mental parece dividirse en esta relación dual respecto á los mundos que le son superiores y á los que le son inferiores. Obrando en ellos la conciencia revela esas dos características fundamentales: lo concreto relacionándose con lo fenomenal, y lo abstracto elevándose hasta lo espiritual. Este plano es esencialmente el plano humano; es el gran campo de batalla de la humanidad; ninguno de los combates que tienen lugar en los planos físicos ó astrales pueden compararse en intensidad, en importancia, en sutileza, con las luchas empeñadas sobre el plano mental. Es el plano de la balanza, el plano que cuenta otros dos inferiores á el y dos superiores; el plano central para la humanidad, y en este sentido el más importante y característico en la evolucióu humana. Allí es donde el «yo» desarrolla el germen y el centro de la individualidad; de ahí que sobre ese plano se libran los más terribles combates. Es el lugar donde el éxito ó el fracaso llegan hasta la humanidad en el transcurso de la evolución del mundo.

Mirando ahora la cuestión entera bajo este punto de vista más bien amplio, tratando de abarcar de una manera general esos planos en que está procediendo la evolución humana, veremos que la cuestión de la conciencia resulta mucho más fácil de entender.

Si queremos comprender la conciencia que obra sobre esos planos, hemos de observar las características de cada plano, y estas serán á su vez las de la conciencia en su actividad sobre cualquier plano dado; y cuanto más capaces seamos de reconocer cada uno de esos planos como separado de los demás, como teniendo su lugar propio en la evolución, más aptos seremos para comprender el trabajo de la conciencia sobre cada uno de aquellos, los atributos que necesariamente habrá de desarrollar, las características que inevitablemente habrá de revelar.

Y si logramos explicarnos aquellas de una manera clara y definida, evitaremos el escollo de la confusión contra el que observo se estrellan tantos de nuestros amigos, á veces pensando que lo emocional es lo espiritual, y equivocando por completo el lugar que ocupa lo mental en la evolución total del hombre.

Un punto hemos de tener presente al tratar de la conciencia, punto

que no se presenta á primera vista de un modo claro y sencillo en el bosquejo que estoy trazando. Existe una frontera, por decir así, entre los planos astrales y mentales; no una frontera en el sentido de algo que inenergía, que cambia de apariencia y color á medida que se reviste de la materia propia de los planos sucesivos, prestándola cada plano su color, la materia colorante podríamos decir.

Tened siempre presente que si bien la vida esencial permanece la misma, atrae hacia sí esa vida esencial la característica colorante de cada plano, de suerte que cuando se ha verificado la evolución por completo en todos los planos, ha asumido el Âtmâ el color de cada plano, y es, por consiguiente, muy distinto á la conclusión de la evolución humana del Âtmâ al principio de aquella evolución: punto este que con tanta frecuencia descuidamos, resultando de ello un concepto pesimista que nos hace decir hablando de la evolución entera: «Si Âtmâ existe en el principio y Âtmâ existe al fin, ¿qué obra ha sido la llevada á cabo durante esa entera peregrinación?» Aunque Âtmâ pueda desprenderse de toda la materia de los planos, el color obtenido por medio de aquella materia, no está perdido.

Al explicarnos esa energía, recordamos que en el transcurso de la evolución tenemos la corriente ascendente, al pasar la Mónada del mineral al vegetal, del vegetal al animal, del animal al hombre-animal; la corriente descendente, Âtma-Buddhi Manas obrando en sentido descendente hacia el plano manásico, mientras Âtma-Buddhi desde abajo, como Mónada, obra en sentido ascendente hacia el plano manásico.

Aquel plano central es, por lo tanto, el punto de conjunción de las dos corrientes; otro dato que nos demuestra su enorme importancia y os explica por qué le asigné á aquel plano una posición central entre la totalidad de los cinco planos. Es el punto donde se funden las dos grandes ondas de la evolución, dirigiéndose la una hacia arriba, desde el segundo *Logos*, la otra hacia abajo, desde el *Primero*: júntanse sobre el plano mental; y allí llevan á cabo lo que podemos llamar la evolución en común, ya que obran unidas.

(Se continuará).

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

19. Importa, sobre todo, tener el firme convencimiento, como le tengo yo, de que la ciencia experimental no descubrirá jamás nada que destruya una doctrina religiosa en lo esencial, en sus dogmas capitales, en su metafísica y en la moral que en su metafísica se funda. Los que dicen que estamos en la edad de la razón y que pasó la edad de la fe, parten de una idea superficial y falsa. Parece á primera vista que á medida que la ciencia descubre y extiende más sus dominios, la religión, la poesía y la metafísica pierden terreno. Se supone que lo que ha ganado la ciencia ha sido á expensas de la imaginación y de la fe, que tienen eso menos por donde esplayarse. Pero ¿cuán más ajustado á la razón es entender lo contrario? Aunque la ciencia adquiera y acote nuevos campos y los cultive y saque de ellos fruto, esto no se opone á que la poesía logre hacer brotar hasta en esos mismos campos que la ciencia no sabe sembrar ni producir, porque carece de sus gérmenes ó semillas, y á que en esos mismos campos, que la ciencia sólo conoce de un modo somero, ahonde y penetre el espíritu religioso y metafísico, se infunda hasta en sus entrañas y más esenciales centros, y vea allí prodigios que la ciencia no verá nunca. En mi sentir, así en el sujeto, cuyas facultades crecen todas á la par y no las unas á costa de las otras, como también en el objeto, del cual mientras más se conoce y se ve más arcanos se barruntan, á más alta ciencia corresponde más alta metafísica, más sublime poesía, más generosa y fecunda potencia de imaginación y de fe.

(Juan Valera: *El Budhismo esotérico,* artículo publicado en 1887 en la *Revista de España*, n.° 459).

20. El *nirwana* no es, como parecen creerlo los budhistas europeos, la nada, la cesación de la conciencia y del deseo, sino por el contrario, la conciencia elevada á su más alto grado, la expansión de la existencia individual en la existencia universal. El sabio indio piensa de este modo: el egoismo más limitado sólo siente interés por su propio «yo»; según la medida en que sale de sus límites, el círculo de su interés se amplia; se interesa por un cierto número, cada vez más amplio, de cosas, de seres y de fenómenos, tanto como por sí mismo; hace, pues, de ellos partes componentes de su propio «yo», y esto puede llevarse tan lejos, que su interés abarque el universo entero, el grano de arena y la estrella fija más lejana, la hormiga y los habitantes de Saturno, como su propio estómago ó las

uñas de sus pies. De este modo el universo entero llega á ser una parte del «yo»; el deseo cesa evidentemente, puesto que se ha asimilade uno á sí mismo el fenómeno del mundo, y que nada queda por desear fuera de sí mismo. La conciencia del «yo» cesa igualmente en el sentido de que no se siente ya en oposición con el «no yo». Este *nirwana*, este grado superior de la perfección humana, no es, pues, ya usted lo ve, la nada sino el todo; no es la inmovilidad, sino el inmenso é incesante movimiento de la vida universal; no es la indiferencia hacia el fenómeno y la apariencia, sino la más amplia participación en todo lo que es; no es por la apatía y por la indiferencia como se llega al *nirwana*, sino por un trabajo interno; no es encerrándose en su «yo» sino, por el contrario, saliendo de él.

(Max Nordau: *El mal del siglo*, cap IV, diálogo entre Guillermo y Schrœtter).

21. Hubo un tiempo en el que todo eran tinieblas y agua y en aquel medio se engendraron espontáneamente animales monstruosos; hombres con dos y cuatro alas, con dos faces y dos cabezas, una de hombre y otra de mujer en un solo cuerpo, y con dos sexos á la vez... Una mujer denominada *Omoroca* presidía esta generación. Ella lleva el nombre de Thavatt que en griego significa el mar (θάλαττα); se le identifica con la luna.

(Beroso, según Lefévre en *La religión*, pág. 379).

22. El cuerpo humano señala mudanzas atmosféricas que ninguno de los actuales instrumentos metereoscópicos indica, ó de indicarlos, lo hace con relativo atraso. De sospechar es que lo señalado por nuestros nervios es algo termo-eléctrico relacionado con variaciones magnéticas de la atmósfera poco estudiadas.

Jde: din(nréstmLar *Aforística*, 1894. Reg. 222).

SECCIÓN OFICIAL

El Presidente-Fundador ha dirigido la siguiente contestación á una carta referente al derecho constitucional de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica para extender su jurisdicción á nuestras Ramas de la América del Sur.

«Sociedad Teosófica.

Adyar 16 Noviembre 1899.

Querido señor y hermano:

La acción de Mr. Wright en la última Convención, respecto de la afiliación de nuestras Ramas de la América del Sur á la Sección Americana,

tuvo evidentemente lugar por una mala inteligencia de su aspecto constitucional. Si hubiese sido un paso prudente el extender vuestra jurisdicción á otro continente, poblado por una raza latina con un lenguaje distinto, lo hubiese anunciado así oficialmente desde hace mucho tiempo; pero, tal como es, no puedo ver ninguna ventaja posible en ello sino todo lo contrario. Las Ramas españolas jóvenes deben ser ayudadas por las Ramas españolas más antiguas, y de aquí que haya recomendado á nuestros colegas argentinos que se dirigiesen á Madrid para ayuda y á los de esta última que se la prestasen. Tienen ya tres jóvenes Ramas, y espero que con el tiempo llegarán á siete y organizarán una Sección. Mientras tanto, he ofrecido visitar el país en 1900, si quieren satisfacer el importe de mi billete de ida y vuelta á Inglaterra, y espero su contestación. Por tanto, ruego á usted que haga pública mi anterior decisión, y rescinda las proposiciones hechas á las Ramas de la América del Sur. Siendo ahora Cuba territorio americano, vuestra jurisdicción podría extenderse *legalmente* á vuestras posesiones de las Indias occidentales, pero es una cuestión de conveniencia por las razones antes expuestas, referentes á la diferencia de raza y de lenguaje. Pero si nuestra lengua fuese en lo sucesivo tan bien conocida allí que los miembros de la Sociedad pudiesen aprovecharse de nuestra literatura teosófica en su idioma original, y pudiesen, por lo menos los funcionarios de las Ramas, comunicarse libremente con vosotros, las objeciones antes manifestadas no tendrían la misma fuerza. Las razones que han alegado los escandinavos, holandeses, franceses (y ahora los alemanes) para que les concediese cartas constitucionales de Sección separada, son la diversidad de lenguaje y la carga de tener que dar mucho dinero para sostener la Sección Europea General, con la añadidura de tener que traducir y publicar obras teosóficas en sus idiomas respectivos. Eran razones de gran peso, y el mismo argumento se aplica al caso presente. Extendí la jurisdicción de los Países Bajos á las Indias orientales y holandesas porque pertenecían al mismo grupo político, étnico y lingüístico.

De usted fraternalmente,

H. S. ALCOTT, P. S. T.

Al Secretario General de la Sección Americana de la S. T.

En nuestro poder existe un acta, por la cual se crea en la ciudad de la Habana, á 7 de Enero de 1900, una Rama de la Sociedad Teosófica, cuya Junta Directiva es la siguiente: Presidente, D. José María Massó; Tesorero, D. Horacio Arroyo; Secretario, D. Guillermo Pérez de Utrera; Vocales, D. Miguel R. Muñoz, D. Ramón Rogina, D. Nicasio Ramírez, don José Ferrera, D. Arturo Carriarte, D. Miguel María Romero y D. Hipólito

Mora. Por esta misma acta se faculta á la Rama de Madrid para que pida al Presidente de la Sociedad Teosófica, en nombre de los señores antes citados, la carta constitutiva, y satisfaga los derechos correspondientes.

La Rama de Madrid felicita á dichos hermanos por los acuerdos que han tomado, y se encarga gustosísima de realizar las gestiones que la han encomendado.

MANUEL TREVIÑO,
Secretario.

Madrid 20 Enero 1903.

NUEVAS REVISTAS

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que han comenzado á publicarse cuatro nuevas revistas, tres de ellas teosóficas — lo que dice mucho respecto á la propagación de las doctrinas del Maestro H. P. B.—y una consagrada á los estudios de ocultismo. Dichas revistas son:

The Hindu Heritage, consagrada en absoluto á la Filosofía y á la reli-
gión hinda. Se puede juzgar de su importancia para los amantes del orien-
talismo, con la simple lectura del sumario, que dice: «La Vedanta Anubha-
vadvaita», «Importancia de los 108 Upanishad», «El manuscrito Rama-
Gita», Vyasa Sutra Vritti», «Historia de Satyavrata», «Vyavahara-mala»,
«Karmadi-samuccaye-vada», Prasnottara-mala». La correspondencia pue-
de dirigirse á C. Narahari Naidu. *The Hindu Heritage* Office, n.° 1/33, Po-
pham's Broodway, Madras, India.

The Theosophic Messenger, que se publica en San Francisco de Califor-
nia mensualmente. Utilísima revista consagrada al cambio mutuo de opi-
niones y noticias teosóficas. La correspondencia al editor, Room, 7, Fe-
llows' Building, San Francisco. La suscripción 50 céntimos al año.

The Search Light, interesante revista de propaganda, publicada en New-York, 144, Madison Avenue.

Revista internacional de ciencias hiperfísicas, dirigida por el profesor H. Dentzkof, y consagrada al estudio del magnetismo y de las ciencias herméticas. La redacción está en Madrid, Plaza de Sto. Domingo, 12, 2.°

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.